Albert Camus

El primer hombre

Posfacio de José María Ridao
Traducción de Aurora Bernárdez

j.emilio.sola@gmail.com

Colección: Bibliografía recomendada, Galeatus, Nadadores,
Fecha de Publicación: 13/04/2019
Número de páginas: 13
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com

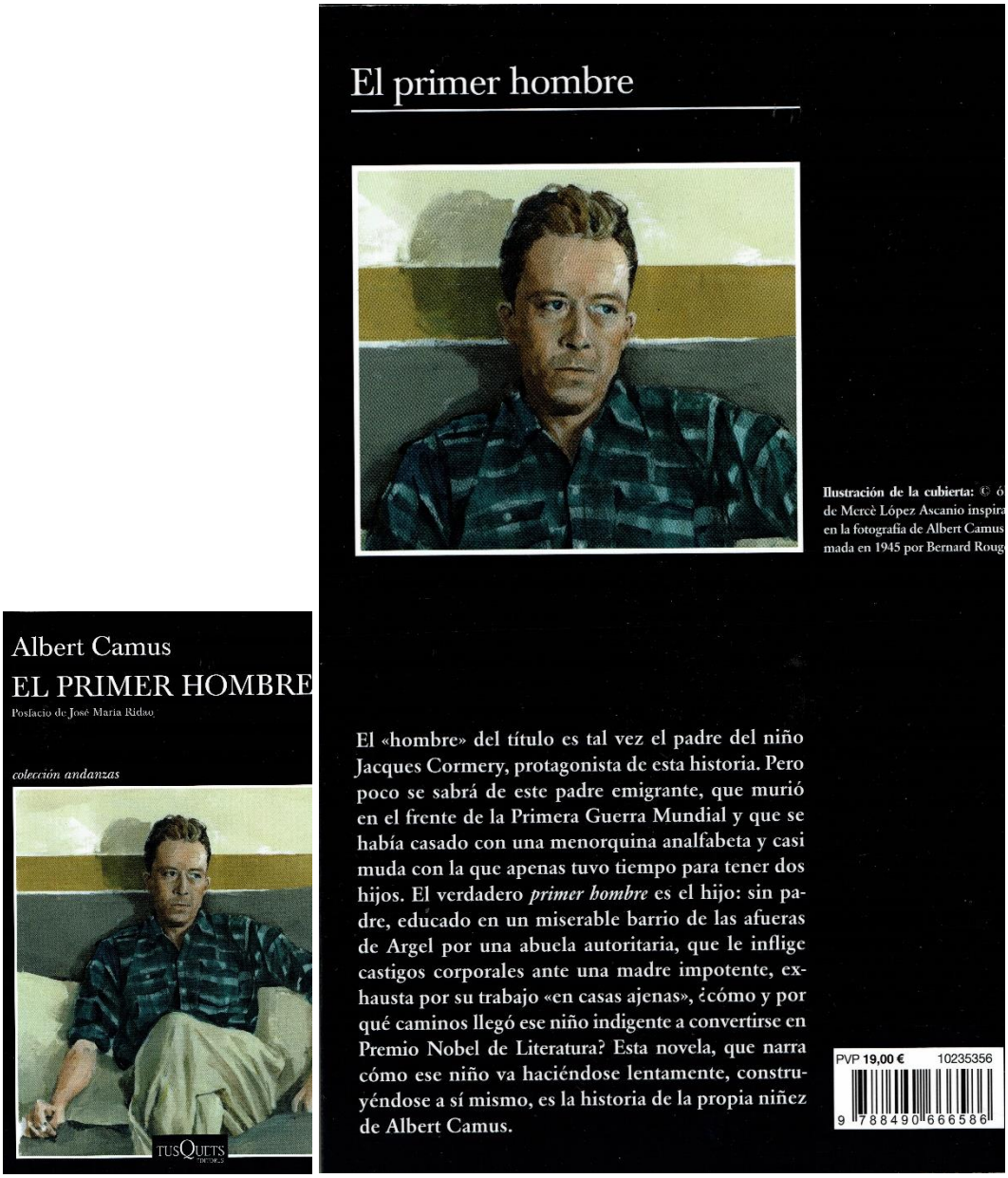
Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.
El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Albert Camus: **El primer hombre**

Posfacio de José María Ridao. Traducción de Aurora Bernárdez
Barcelona, 2019, Tusquets editores



Un Camus luminoso o radiante – que pudiera decir Casavella – es el que asoma entre líneas de este texto que nunca terminó de corregir para la imprenta, pues era el manuscrito que llevaba consigo el día de su muerte accidental el 4 de enero de 1960. Publicado en 1994, esta edición sirve de conmemoración del veinticinco aniversario de esa difícil fijación del texto para la edición francesa, pero que, desde la primera página, el autor tenía bien claro a quién iba dedicado: "A ti, que nunca podrás leer este libro". A ella, a su madre analfabeta y hermosísima, triste y pobre, que desde niño le había fascinado, y a quien, entre las notas que nunca se incorporaron al texto definitivo por falta de tiempo del autor – siempre el tiempo

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

es demasiado corto tiempo – en la Hoja V (p.275) había dedicado uno de los más hermosos poemas de amor a una madre que recuerdo:

Oh madre, oh tierra, querida niña,
más grande que mi tiempo, más grande
que la historia que te sometía a ella, más verdadera
que todo lo que he amado en este mundo, oh madre,
perdona a tu hijo que huyó de la noche de tu verdad.

LA NOCHE, LA MADRE, LA VERDAD: DAD TODA LA TIERRA A LOS POBRES

La madre, la noche, la verdad. El versiculado, como casi siempre en esta plataforma, es nuestro. Pero la poesía, la rotundidad de la expresión, la reflexión y el grito es enteramente de ese Camus que se sobrepone aquí a toda traducción posible a otras lenguas, y brilla, refulge, irradia lucidez y melancolía. Impagables esas notas recogidas al final del libro (El primer hombre. Notas y proyectos, p. 277), y que se abren con una cita de Claudel, de *L'Echange*, en la que se precisa ese segundo amor de Camus, tras el de su madre: "No hay nada que pueda contra la vida humilde, ignorante, obstinada…" Que culminan en lo que para mí sería la segunda parte de ese poema entrevisto en la dedicatoria a su madre y en el fragmento anterior "Oh madre, oh tierra, querida niña…"; un fragmento también inconcluso, como la novela – o nonovela, mejor, tal es su densidad vivencial y testimonial – que se articula tras la palabra "Fin" con un punto y aparte, y que tiene una parte aún inconclusa a su vez pues va entre paréntesis, lo que sin duda indica que desea perfilar más aún. Hele aquí completo en su radiante incompletud… Y, por supuesto, versiculado al estilo del Archivo de la frontera, pues estas notas van dedicadas a una de sus colecciones o antologías o florilegios mayores: Nadadores, Nada-dores. A la dicha de enmudecer.

Fin.

Devolved la tierra, la tierra que no es de nadie.
Devolved la tierra, que ni está en venta ni se compra
(sí, y Cristo nunca desembarcó en Argelia,
puesto que hasta los monjes tenían propiedades y concesiones).

Y exclamó, mirando a su madre y después a los otros:

"Devolved la tierra.
Dad toda la tierra a los pobres, a los que no tienen nada
y que son tan pobres que ni siquiera han deseado jamás tener y poseer,
a los que son como ella en este país, la inmensa tropa de los miserables,
casi todos árabes, y algunos franceses
y que viven o sobreviven aquí con obstinación y aguante,
con el único honor en el mundo que vale, el de los pobres, dadles la tierra
como se da lo que es sagrado a los que son sagrados,
y entonces yo, de nuevo y por fin arrojado al peor exilio
en el extremo del mundo,
sonreiré y moriré contento, sabiendo que por fin están reunidos

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

bajo el sol de mi nacimiento
la tierra que tanto he amado y aquellos y aquellas a los que he reverenciado.

(Entonces el gran anonimato será fecundo y me cubrirá también
– Volveré a ese país.)

No hay glosa posible tan bella y perfecta como el texto mismo, en el que ese "casi todos árabes, y algunos franceses", marcan el punto de inflexión que no dio tiempo a Camus – siempre el tiempo es demasiado corto tiempo, siempre la muerte se adelanta a las ansias por mostrar las certezas que uno ha alcanzado – a explicitar con mayor claridad su postura verdadera y en profundidad al reto que la guerra de Argelia significaba para él; pues todo este texto parece responder, como muestra José María Ridao en su posfacio, al reproche que le habían hecho a Camus sus adversarios (¡Sartre entre ellos…!) de comportarse como un burgués, de ser un burgués… Personalmente, a mí me responde también a esa duda ante Camus que me supuso la lectura de una de mis más brillantes alumnas argelinas, Sahía Bouaissi – un saludo desde aquí, esté donde esté, tal vez en un archipiélago del Pacífico como madre amantísima – cuando tras leer *La peste* su único comentario fue "No salimos nosotros", refiriéndose a los suyos, a los argelinos, a los berberiscos, a los de su ¿raza? Camus mismo lo había dicho a un periodista poco antes de morir, con este texto de *El primer hombre* en borradores aún: "Mi obra aún no ha empezado". Personalmente, esto lo intuí al redactar el capítulo correspondiente de mi largo ensayo *Argelia, entre el desierto y el mar*, intuí que esa lectura de una argelina cultísima e inteligente podía encerrar algún tipo de paradoja o de misterio: no encerraba ninguna en especial; sólo una y dramática, que este libro desvela y gozosamente certifica: Camus amaba a los árabes pobres, a los berberiscos, tanto como a su madre, y no le había dado tiempo a manifestarlo con claridad y justeza. Así lo hace aquí, una vez más, en esas notas (Notas y proyectos) que constituyen un cuaderno autónomo, "una pequeña libreta de espiral y papel cuadriculado", que los editores, felizmente, han incorporado al texto incompleto de este gigantesco Camus póstumo. Es posible que pudiéramos compararlo con el otro proyecto novelístico póstumo cervantino que aún tiene en vilo a los españoles cultos y cervantistas, *Los trabajos de Persiles y Sigismunda, una historia setentrional*, que Cervantes consideraba su proyecto novelístico más refinado, en el fondo una reflexión sobre la civilización y la barbarie. En esos cuadernos, Camus nos deja abierta la puerta a ese inicio de su exposición maestra que no tuvo tiempo a desplegar o desarrollar:

El campesino berberisco pobre e ignorante.
El colono. El soldado. El blanco sin tierra.
(Los amaba, a ellos
y no a esos mestizos de zapatos amarillos puntiagudos
y pañuelo al cuello,
que sólo habían tomado de Occidente
lo peor.)

Ese es el Albert Camus emocionante al que no le ha dado tiempo nada más que a comenzar a balbucear – y yo "buceo en el balbuceo", que decía el Simons), que reacciona ante el insulto de los burgueses al considerarle como ellos, ese "primer

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

hombre" – sin padre, huérfano prematuro – que no ha podido llegar a ser más que un bebé, lúcido pero bebé tan solo, en su hacer literario, a causa de su prematura desaparición de entre nosotros, que lo necesitáramos tanto; que en el segundo episodio (Saint-Brieuc) de la primera parte (Búsqueda del padre), como en el episodio famoso de la madalena de Proust, siente una suerte de iluminación zen al descubrir ante la tumba de su padre en el cementerio militar en el que estaba enterrado que había muerto en la gran guerra primera nada más nacer él, ya lúcido adulto cuarentón en ese momento, con 29 años, y esa paradoja de la orfandad adulta de un padre humilde y desdichado muerto en plena juventud, desencadena el tumulto de la creación literaria; más aún, como punto de partida, generada esa visita a la tumba de padre soldado desconocido que diera lugar a ese despertar por la insistencia de una madre silenciosa, analfabeta, pobre y bella, que nunca había visitado Francia pero que insistía a su hijo en que visitara ese lugar no sabía bien para qué… Esta es otra de las anotaciones en su cuaderno:

Movilización. Cuando lo convocaron,
mi padre nunca había visto Francia. La vio y lo mataron.
(Lo que una humilde familia como la mía dio a Francia.)

Ese descubrimiento le abría otro, que aparece también en ese cuaderno de espirales y papel cuadriculado de imposible tasación: "La 'tristeza africana' del padre" (p.295). Misterio tras misterio, sí, y entre tantos misterios el misterio de la creación literaria misma. "Pero a fin de cuentas el único misterio es el de la pobreza, que hace que la gente no tenga nombre ni pasado" (p.302). El pasado – la historia – y el nombre, la gente, la pobreza. Y una certeza absoluta en la misma línea:

La memoria de los pobres está menos alimentada que la de los ricos,
tiene menos puntos de referencia en el espacio, puesto que rara vez
dejan el lugar donde viven, y también menos puntos de referencia en el tiempo
de una vida uniforme y gris. Tienen, claro está, la memoria del corazón,
que es la más segura, dicen, pero el corazón se gasta con la pena y el trabajo,
olvida más rápido bajo el peso de la fatiga.
El tiempo perdido sólo lo recuperan los ricos. Para los pobres,
el tiempo sólo marca los vagos rastros del camino de la muerte.
(pp. 81-82).

La madre, la noche – noche como sinmemoria –, la verdad; la pobreza, el tiempo y el espacio, la historia… La historia de la gente sin historia, de nuevo el sinmemoria y el olvido. La máxima orfandad. La historia colonial y la historia postcolonial, la lucidez y la literatura.

La nobleza del oficio de escritor está en la resistencia a la opresión,
y por lo tanto en decir sí a la soledad.
(p. 314, casi el final).

***

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

LA PLENITUD DEL NADADOR

Como un romance viejo medieval español, que es más bello precisamente por los misterios que genera su ser incompleto, su fragmentariedad, *El primer hombre* subyuga por sus puertas y ventanas abiertas sobre el mar. Y es por eso que la figura del Nadador surge de manera natural, se convierte en un momento culminante de la narración misma, la belleza y la naturaleza generosa, la libertad y la vida por encima del destino determinista y la ignorancia misma de su propio ser y de la vida, la belleza inconsciente, una vez más, la belleza suprema de la existencia y el instante. El fragmento con Nadador está en la evocación que hace el protagonista aún niño, Jacques Cormery, de su tío Ernest, solterón y algo sordo, tonelero, que vive con él y su madre, y la abuela que gobierna la vida de la casa con mano dura y sobria, poderosa presencia.

A su manera, Ernest siempre había querido a Jacques.
Admiraba sus éxitos escolares. Con su mano endurecida, encallecida
por las herramientas y el trabajo bruto, frotaba el cráneo del niño.
"Éste sí que tiene una buena cabeza. Dura", y se golpeaba la suya
con su grueso puño, "pero buena". A veces añadía: "Como su padre".
Un día Jacques aprovechó para preguntarle si su padre era inteligente.
"Tu padre, cabeza dura. Hacía siempre lo que quería. Tu madre,
siempre, sí, sí." Jacques no pudo arrancarle nada más.
Pero Ernest solía llevarse al niño consigo. Su fuerza y su vitalidad,
que no podían expresarse ni con palabras ni en las relaciones complicadas
de la vida social, estallaban en la vida física y en las sensaciones.
Ya al despertar, cuando lo sacudían para sacarle del sueño hermético
de los sordos, se incorporaba desorientado y rugía: "Ahh, ahh",
como el animal prehistórico que despierta cada día en un mundo desconocido
y hostil. Pero una vez despierto, su cuerpo, y el funcionamiento de su cuerpo,
lo afirmaban sobre la tierra. A pesar de su duro oficio de tonelero,
le gustaba nadar y cazar. Llevaba a Jacques, de pequeño,
a la playa de Sablettes, montado sobre sus hombros, y salía enseguida
a mar abierto, con una brazada elemental pero enérgica,
lanzando unos gritos inarticulados que expresaban ante todo la sorpresa
del agua fría y después el placer de estar en ella o la irritación contra una ola maligna.
De vez en cuando decía a Jacques: "No tienes miedo".
Sí, tenía miedo pero no lo decía, fascinado por aquella soledad, entre el cielo
y el mar igualmente vastos, y, cuando miraba atrás, la playa le parecía
una línea invisible, un miedo le apretaba el vientre e imaginaba con pánico incipiente
las inmensas y oscuras profundidades donde se hundiría como una piedra
sólo con que su tío lo soltara.
Entonces el niño apretaba un poco más el cuello musculoso del nadador.

- Tienes miedo – decía de inmediato el otro.
- No, pero vuelve.

Dócil, el tío daba la vuelta, respiraba un poco y echaba a nadar
con la misma seguridad que tenía en tierra firme.
(pp. 98-99).

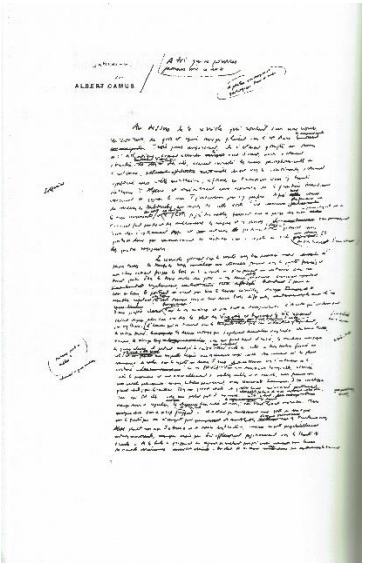
© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

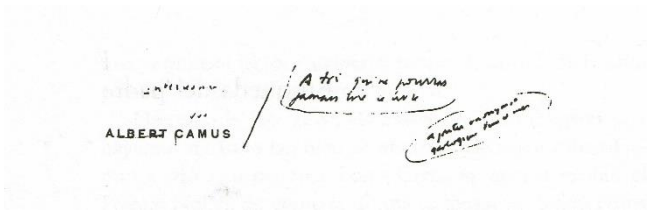
Si este momento estelar y vitalista del Nadador está incluido en el texto fijado, la otra alusión está sólo en los borradores previos, y en los pocos fragmentos en los que la cuestión argelina parece comenzar a analizarse a través de un personaje, Saddok, apenas esbozado; revolucionario y que parece oscilar entre tradición – con rasgos bárbaros – y modernidad y racionalidad, en conflicto sólo parcialmente resuelto tanto para el personaje mismo como para el propio Camus, tal vez… Es un remate de alguna manera poemático también, como salto a lo paradójico al no haber certeza sobre una realidad ambigua; la misma que en una anotación de esos mismos cuadernos abre una vía a la inteligibilidad de un comportamiento honorable y vital: "Los franceses tienen razón, pero su razón nos oprime. Y por eso escojo la locura árabe, la locura de los oprimidos" (p.307, nota). Es el mismo tono del fragmento primero protagonizado por Saddok:

- ¿Pero por qué casarte así, Saddok?
- ¿He de casarme a la francesa?
- ¡A la francesa o como sea! ¿Por qué someterte a una tradición
  que consideras estúpida y cruel?
- Porque mi gente está identificada con esa tradición,
  porque no tiene otra cosa, porque se ha inmovilizado en ella,
  y porque separarse de esa tradición es separarse de sí mismo.
  Por eso entraré mañana en esa habitación, y desnudaré
  a una desconocida, y la violaré entre el estrépito de los fusiles.
- Está bien. Entretanto, vamos a nadar.

***

Un texto, este de Camus, aún abierto a la interpretación y a la esperanza. Un texto de difícil reconstrucción, como muestra alguna de las páginas que reproduce esta edición. La primera, por ejemplo, con esa dedicatoria espléndida a aquella lectora que no podría leerlo nunca, y que aparece como clave también en otra parte del cuaderno de notas: "Lo ideal, que el libro estuviera escrito para la madre, de una punta a la otra – y sólo al final se supiera que no sabe leer –, sí, sería así" (p. 291). Es esa dedicatoria que aparece rotunda en el inicio del manuscrito:





© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Es imposible desplegar todas las posibilidades que ofrece este texto tan hermoso, y por ello emociona un plan de la obra trazado en "la libreta de espiral y papel cuadriculado" (pp. 301-302). Está planificada en tres partes, de las que la primera y la segunda serían el borrador avanzado de la novela que es el texto publicado; se titula la primera parte "Los Nómadas", dedicado básicamente a la colonización, con un final rotundo que no me resisto a no recoger en estas notas. La segunda parte sería "El primer hombre" propiamente dicho, parte de la que parece que sólo está desarrollada la primera mitad ("La adolescencia: El puñetazo. Deporte y moral"), y sólo en apuntes algunos detalles de la segunda mitad, que está entre paréntesis: "El hombre: (Acción política (Argelia), la Resistencia)". Falta la totalidad de la tercera parte, a la que titula sencillamente "La Madre", y que termina: "En la última parte, Jacques explica a su madre la cuestión árabe, la civilización *creole*, el destino de Occidente. 'Sí', dice ella, 'sí'. Después, confesión completa y fin."

La belleza presente (la de este texto incompleto) no hace menos trágica la posibilidad de otra belleza que no hubo tiempo de comunicar de manera deseada (el texto final de Camus), y que se puede adelantar que estaría en la línea de la mejor literatura postcolonial global, de los mejores relatos de la historia de la gente sin historia, de la historia de las clases subalternas, de la poesía de la existencia. En cuatro páginas, las finales de la primera parte, que podemos considerar plenamente fijadas casi, podemos hacernos una idea de lo que este texto pudiera haber llegado a ser… Que reproduzco por entero, aunque también no puedo resistirme a versicular en alguno de sus fragmentos. Comienza así:

Multitudes enteras habían llegado allí durante más de un siglo,
habían labrado la tierra, abierto surcos cada vez más profundos
en ciertos lugares, en otros cada vez más irregulares,
hasta que una tierra ligera los recubría y la región volvía
a la vegetación salvaje, y procreaban y desaparecían. Y así sus hijos.
Y los nietos y los hijos de aquéllos se encontraron en esa tierra
como se encontraba él, sin pasado, sin moral, sin lección, sin religión,
pero contento de estar y de estar en la luz, angustiados frente a la noche
y frente a la muerte […]

[…] ¡Sí, qué muertos estaban! ¡Cómo seguían muriendo!
Silenciosos y apartados de todo, como muriera su padre
en una incomprensible tragedia, lejos de su patria carnal, después
de una vida enteramente involuntaria, desde el orfanato hasta el hospital,
pasando por el casamiento inevitable, una vida que se había construido
a su alrededor, a pesar suyo, hasta que la guerra lo mató y lo enterró,
en adelante y para siempre desconocido para su familia y para su hijo,
devuelto él también al vasto olvido que era la patria definitiva
de los hombres de su raza, el lugar final de una vida que había comenzado
sin raíces, y tantos informes en las bibliotecas de la época
sobre la manera de emplear en la colonización de ese país

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

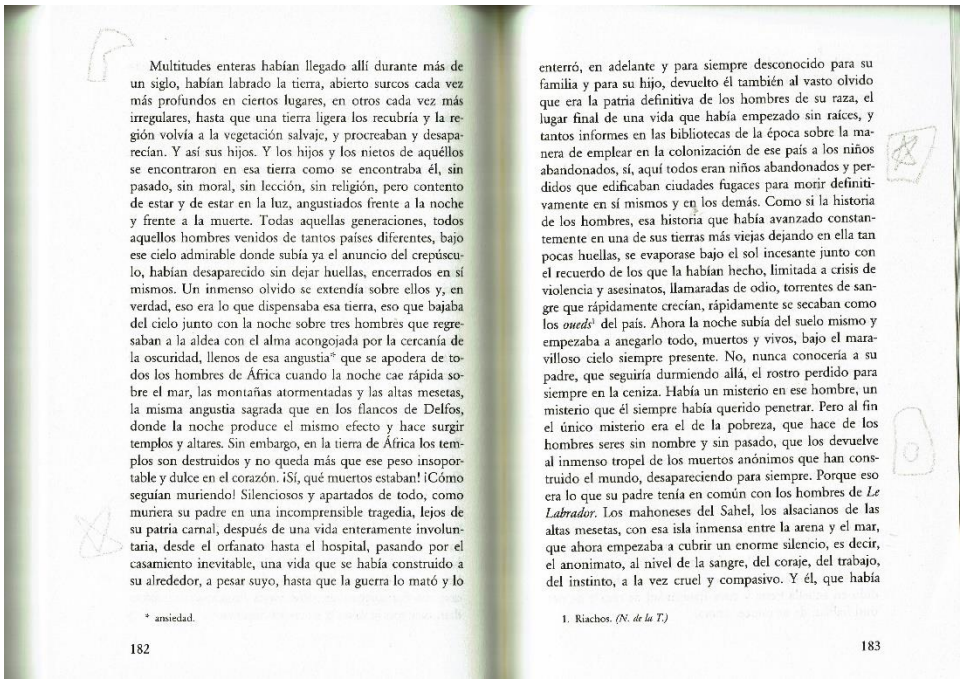
a los niños abandonados, sí, aquí todos eran niños
abandonados y perdidos que edificaban ciudades fugaces
para morir definitivamente en sí mismos y en los demás. […]

[…] Pero al fin el único misterio era el de la pobreza,
que hace a los hombres seres sin nombre y sin pasado, que los devuelve
al inmenso tropel de los muertos anónimos que han construido el mundo,
desapareciendo para siempre. […]

[…] y él llegó a los dieciséis años, después a los veinte y nadie le habló,
y hubo de aprender solo, crecer solo, en fuerza, en potencia,
encontrar solo su moral y su verdad, nacer por fin como hombre
para después nacer otra vez en un nacimiento más duro,
el que consiste en nacer para los otros, para las mujeres,
como todos los hombres de este país donde, uno por uno,
trataban de aprender a vivir sin raíces y sin fe […]

[…] había crecido y se había formado sin ayuda y sin auxilio,
en la pobreza, en una orilla feliz y bajo la luz
de las primeras mañanas del mundo, para abordar después, solo,
sin memoria y sin fe, el mundo de los hombres de su tiempo
y su espantosa y exaltante historia.

Pero no bastan estos fragmentos malamente tijereteados, aunque plenamente poemáticos y autónomos por sí mismos, por su propia fuerza expresiva, con lo que paso a recogerlos – fragmento de fragmentos, como el texto completo de Camus lo es – en su fragmentaria totalidad, y con el permiso de esa humanidad que ya está harta de tantos permisos que no debieran ni siquiera pedirse, ni siquiera mencionarse para poder vivir con un poco más de holgura y posible libertad:



Multitudes enteras habían llegado allí durante más de un siglo, habían labrado la tierra, abierto surcos cada vez más profundos en ciertos lugares, en otros cada vez más irregulares, hasta que una tierra ligera los recubría y la región volvía a la vegetación salvaje, y procreaban y desaparecían. Y así sus hijos. Y los hijos y los nietos de aquéllos se encontraron en esa tierra como se encontraba él, sin pasado, sin moral, sin lección, sin religión, pero contento de estar y de estar en la luz, angustiados frente a la noche y frente a la muerte. Todas aquellas generaciones, todos aquellos hombres venidos de tantos países diferentes, bajo ese cielo admirable donde subía ya el anuncio del crepúsculo, habían desaparecido sin dejar huellas, encerrados en sí mismos. Un inmenso olvido se extendía sobre ellos y, en verdad, eso era lo que dispensaba esa tierra, eso que bajaba del cielo junto con la noche sobre tres hombres que regresaban a la aldea con el alma acongojada por la cercanía de la oscuridad, llenos de esa angustia* que se apodera de todos los hombres de África cuando la noche cae rápida sobre el mar, las montañas atormentadas y las altas mesetas, la misma angustia sagrada que en los flancos de Delfos, donde la noche produce el mismo efecto y hace surgir templos y altares. Sin embargo, en la tierra de África los templos son destruidos y no queda más que ese peso insoportable y dulce en el corazón. ¡Sí, qué muertos estaban! ¡Cómo seguían muriendo! Silenciosos y apartados de todo, como muriera su padre en una incomprensible tragedia, lejos de su patria carnal, después de una vida enteramente involuntaria, desde el orfanato hasta el hospital, pasando por el casamiento inevitable, una vida que se había construido a su alrededor, a pesar suyo, hasta que la guerra lo mató y lo

* ansiedad.

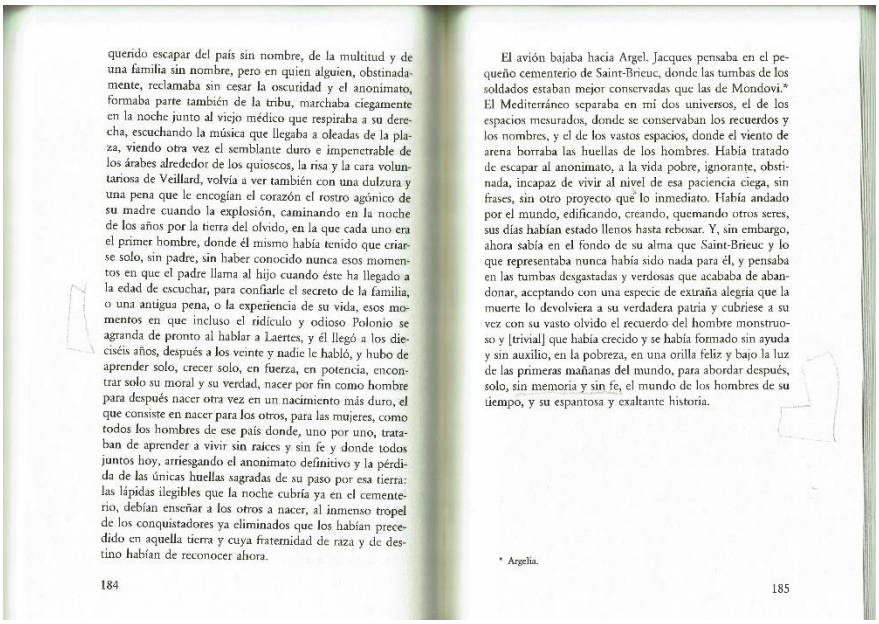
182

enterró, en adelante y para siempre desconocido para su familia y para su hijo, devuelto él también al vasto olvido que era la patria definitiva de los hombres de su raza, el lugar final de una vida que había empezado sin raíces, y tantos informes en las bibliotecas de la época sobre la manera de emplear en la colonización de ese país a los niños abandonados, sí, aquí todos eran niños abandonados y perdidos que edificaban ciudades fugaces para morir definitivamente en sí mismos y en los demás. Como si la historia de los hombres, esa historia que había avanzado constantemente en una de sus tierras más viejas dejando en ella tan pocas huellas, se evaporase bajo el sol incesante junto con el recuerdo de los que la habían hecho, limitada a crisis de violencia y asesinatos, llamaradas de odio, torrentes de sangre que rápidamente crecían, rápidamente se secaban como los *oueds*[1] del país. Ahora la noche subía del suelo mismo y empezaba a anegarlo todo, muertos y vivos, bajo el maravilloso cielo siempre presente. No, nunca conocería a su padre, que seguiría durmiendo allá, el rostro perdido para siempre en la ceniza. Había un misterio en ese hombre, un misterio que él siempre había querido penetrar. Pero al fin el único misterio era el de la pobreza, que hace de los hombres seres sin nombre y sin pasado, que los devuelve al inmenso tropel de los muertos anónimos que han construido el mundo, desapareciendo para siempre. Porque eso era lo que su padre tenía en común con los hombres de *Le Labrador*. Los mahoneses del Sahel, los alsacianos de las altas mesetas, con esa isla inmensa entre la arena y el mar, que ahora empezaba a cubrir un enorme silencio, es decir, el anonimato, al nivel de la sangre, del coraje, del trabajo, del instinto, a la vez cruel y compasivo. Y él, que había

1. Riachos. *(N. de la T.)*

183

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



querido escapar del país sin nombre, de la multitud y de una familia sin nombre, pero en quien alguien, obstinadamente, reclamaba sin cesar la oscuridad y el anonimato, formaba parte también de la tribu, marchaba ciegamente en la noche junto al viejo médico que respiraba a su derecha, escuchando la música que llegaba a oleadas de la plaza, viendo otra vez el semblante duro e impenetrable de los árabes alrededor de los quioscos, la risa y la cara voluntariosa de Veillard, volvía a ver también con una dulzura y una pena que le encogían el corazón el rostro agónico de su madre cuando la explosión, caminando en la noche de los años por la tierra del olvido, en la que cada uno era el primer hombre, donde él mismo había tenido que criarse solo, sin padre, sin haber conocido nunca esos momentos en que el padre llama al hijo cuando éste ha llegado a la edad de escuchar, para confiarle el secreto de la familia, o una antigua pena, o la experiencia de su vida, esos momentos en que incluso el ridículo y odioso Polonio se agranda de pronto al hablar a Laertes, y él llegó a los dieciséis años, después a los veinte y nadie le habló, y hubo de aprender solo, crecer solo, en fuerza, en potencia, encontrar solo su moral y su verdad, nacer por fin como hombre para después nacer otra vez en un nacimiento más duro, el que consiste en nacer para los otros, para las mujeres, como todos los hombres de ese país donde, uno por uno, trataban de aprender a vivir sin raíces y sin fe y donde todos juntos hoy, arriesgando el anonimato definitivo y la pérdida de las únicas huellas sagradas de su paso por esa tierra: las lápidas ilegibles que la noche cubría ya en el cementerio, debían enseñar a los otros a nacer, al inmenso tropel de los conquistadores ya eliminados que los habían precedido en aquella tierra y cuya fraternidad de raza y de destino habían de reconocer ahora.

184

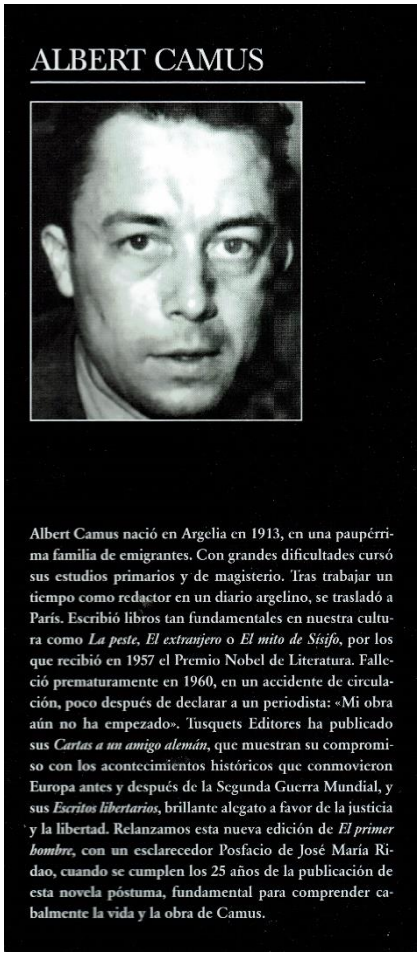
El avión bajaba hacia Argel. Jacques pensaba en el pequeño cementerio de Saint-Brieuc, donde las tumbas de los soldados estaban mejor conservadas que las de Mondovi.* El Mediterráneo separaba en mí dos universos, el de los espacios mesurados, donde se conservaban los recuerdos y los nombres, y el de los vastos espacios, donde el viento de arena borraba las huellas de los hombres. Había tratado de escapar al anonimato, a la vida pobre, ignorante, obstinada, incapaz de vivir al nivel de esa paciencia ciega, sin frases, sin otro proyecto que lo inmediato. Había andado por el mundo, edificando, creando, quemando otros seres, sus días habían estado llenos hasta rebosar. Y, sin embargo, ahora sabía en el fondo de su alma que Saint-Brieuc y lo que representaba nunca había sido nada para él, y pensaba en las tumbas desgastadas y verdosas que acababa de abandonar, aceptando con una especie de extraña alegría que la muerte lo devolviera a su verdadera patria y cubriese a su vez con su vasto olvido el recuerdo del hombre monstruoso y [trivial] que había crecido y se había formado sin ayuda y sin auxilio, en la pobreza, en una orilla feliz y bajo la luz de las primeras mañanas del mundo, para abordar después, solo, sin memoria y sin fe, el mundo de los hombres de su tiempo, y su espantosa y exaltante historia.

* Argelia.

185

***

Finalmente, la evocación del autor de la solapilla editorial:



ALBERT CAMUS

Albert Camus nació en Argelia en 1913, en una paupérrima familia de emigrantes. Con grandes dificultades cursó sus estudios primarios y de magisterio. Tras trabajar un tiempo como redactor en un diario argelino, se trasladó a París. Escribió libros tan fundamentales en nuestra cultura como *La peste*, *El extranjero* o *El mito de Sísifo*, por los que recibió en 1957 el Premio Nobel de Literatura. Falleció prematuramente en 1960, en un accidente de circulación, poco después de declarar a un periodista: «Mi obra aún no ha empezado». Tusquets Editores ha publicado sus *Cartas a un amigo alemán*, que muestran su compromiso con los acontecimientos históricos que conmovieron Europa antes y después de la Segunda Guerra Mundial, y sus *Escritos libertarios*, brillante alegato a favor de la justicia y la libertad. Relanzamos esta nueva edición de *El primer hombre*, con un esclarecedor Posfacio de José María Ridao, cuando se cumplen los 25 años de la publicación de esta novela póstuma, fundamental para comprender cabalmente la vida y la obra de Camus.

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Y el posfacio de José María Ridao, breve y esclarecedor:

POSFACIO

Camus, su tiempo y el nuestro

Al igual que *El extranjero,* la obra con la que Albert Camus se dio a conocer en 1942, *El primer hombre* se resiste a revelar el conflicto que se desarrolla a lo largo de sus páginas, tan convincente es la humanidad de los personajes y tan deslumbrante la arquitectura de imágenes literarias que los sostienen. La distancia con la que se describe la peripecia de Meursault en *El extranjero,* incapaz de llorar en el entierro de su madre, de sentir amor por la mujer con la que va a contraer matrimonio, de explicar las razones por las que dispara tres veces contra un árabe o de estremecerse ante la condena a muerte dictada por el tribunal que lo juzga, es sustituida en *El primer hombre* por la evocación de un universo de miseria cuyas sobrecogedoras carencias materiales se manifiestan a través de esplendores humanos inimaginables. Un hombre en la cuarentena y en la cumbre del éxito, Jaques Cormery, decide cumplir con desgana el compromiso de visitar en Saint-Brieuc el cementerio donde yace el padre al que no conoció, muerto a consecuencia de las heridas recibidas en la batalla del Marne, durante la Primera Guerra Mundial. La visita forzada por la madre viuda a una tumba solitaria, sobre la que Cormery, en su inicial indiferencia, no cuenta siquiera con colocar unas flores de homenaje, provoca a partir de un detalle en apa-

riencia intrascendente un destello del que brota una incontenible narración. Como Marcel Proust en el sabor de una magdalena, Cormery descubre en las fechas de nacimiento y muerte de su padre, inscritas sobre la lápida, una evidencia que le empuja a la búsqueda retrospectiva de alguien cuya ausencia y cuyo silencio, según comprende gracias a la intensidad de un instante revelador, más habían reclamado la compasión del hijo huérfano que la indiferencia ante la suerte de un desconocido.

La imagen inicial de la novela, en la que Camus describe una masa de nubes atravesando el Atlántico y descargando la tormenta sobre el norte de África, en uno de cuyos caminos avanza un carro donde viaja una parturienta, cobra repentino sentido en la escena del cementerio de Saint-Brieuc. La criatura que viene al mundo aquella noche y el hombre recogido ante una tumba son la misma persona, y el parto de la mujer humilde en la casa semivacía a la que acaba de llegar, el único hecho que relaciona a un padre joven y a un hijo maduro cuyos destinos se separaron antes de tiempo. Jaques Cormery descubre ante la tumba de su padre no sólo que no sabe nada acerca del hombre al que debe la vida, sino que su muerte, al igual que la de los caídos que reposan en las tumbas alineadas hasta perderse de vista en el cementerio de Saint-Brieuc, trasciende la tragedia personal y se transforma en el sacrificio que imponen quienes hacen la historia a quienes la padecen. La sensibilidad y la revuelta contra esta diferencia entre hacer la historia y padecerla entretejen la experiencia personal que Camus proyecta sobre su personaje y la agria polémica intelectual en la que se había visto envuelto tras la publicación de *El hombre rebelde,* donde rechaza la violencia revolucionaria y toma distancia de las sociedades que ésta engendra. Desde las páginas de *Les Temps Modernes,* Francis

Jeanson, primero, y Jean-Paul Sartre, después, no se limitaron a contradecir los puntos de vista de Camus, sino que, calificándolos de burgueses, según la jerga marxista generalizada en la época, creen justificar el grosero determinismo de explicarlos a través de la extracción social que suponen a su autor. En este contexto de ruptura ideológica y de distancia personal, la guerra que estalla en la tierra de origen de Camus, Argelia, se convertirá en un motivo adicional de enfrentamiento con quienes habían sido sus correligionarios.

Existen razones para creer que Camus se siente más herido por el hecho de que Jeanson y Sartre lo consideren un burgués que por los argumentos filosóficos que oponen a los suyos, y el propósito de redactar una novela de inequívoca inspiración autobiográfica como *El primer hombre* puede interpretarse como una soterrada evidencia al respecto. En los años que siguen a la polémica sobre *El hombre rebelde,* Camus abandona toda actividad pública después de que en Argel pronunciara un discurso intentando convencer al gobierno francés y a los independentistas argelinos para que acuerden una tregua para los civiles; esto es, para que eviten las acciones que pongan en peligro la vida de personas ajenas al conflicto, como los atentados terroristas y las represalias indiscriminadas del ejército. Por otra parte, dejará de escribir regularmente en los periódicos y se concentrará en una mediación discreta destinada a evitar el sufrimiento en ambos bandos, colaborando con figuras como la antropóloga Germaine Tillion, superviviente del campo de concentración de Ravensbrück. Entretanto, y recluido en su obra literaria, acepta reeditar su primer libro de ensayos, *El revés y el derecho* —publicado veinte años antes por una pequeña editorial argelina—, precediéndolo de un prólogo en el que hace una enigmática declaración cuyo sentido re-

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

sultará indescifrable hasta la aparición póstuma de *El primer hombre*. «Si pese a tantos esfuerzos por edificar un lenguaje y dar vida a los mitos», escribe Camus en ese prólogo, «no consiguiera algún día volver a escribir *El revés y el derecho*, entonces no habría llegado a nada.» A continuación, confiesa que desearía emplazar «en el centro de esa obra el admirable silencio de una madre y el esfuerzo de un hombre para volver a encontrar una justicia o un amor que equilibre ese silencio». Esa obra es *El primer hombre*, cuyo manuscrito inacabado apareció entre las pertenencias con las que viajaba Camus en el momento de sufrir el accidente de automóvil que le costó la vida, el 4 de enero de 1960.

El primer hombre reelabora, en efecto, imágenes que aparecían en *El revés y el derecho*, desde el silencio de una mujer asomada al balcón abierto sobre una calle de Argel hasta la diferencia entre la miseria y la vulgaridad. Pero el valor de *El primer hombre* va más allá de la sobrecogedora intensidad con la que Camus regresa a los temas de un libro juvenil, e incluso de la confesión abiertamente autobiográfica con la que da acceso al mundo de sus orígenes y simultáneamente se erige en su portavoz. Interpretado en el contexto de la polémica sobre *El hombre rebelde* en la que Jeanson y Sartre le reprochan sostener puntos de vista burgueses por ser él mismo un burgués, *El primer hombre* revela que Camus había sabido transformar en actitud filosófica y moral el pudor de referirse a la miseria en la que había vivido durante su infancia. Negándose a sí mismo el recurso al argumento de autoridad que este rasgo de su propia biografía le hubiera concedido ante los círculos intelectuales de la izquierda revolucionaria que eran inicialmente los suyos, se obligaba a buscar criterios morales válidos para cualquier ser humano en cualquier situación, y a colocar todo pensamiento y toda acción bajo la inspiración primordial de una

sola justicia para juzgar y ser juzgado. Camus jamás exhibe sus orígenes para, invocando una realidad que ha padecido en persona, triunfar sobre las razones de quienes, como Jeanson y Sartre, se apoyan en la teoría para abrazar la causa de redimir al mundo de la miseria. De algún modo, viene a sostener Camus, haber invocado esa realidad, haberse servido de ella como de un argumento de autoridad, habría sido tanto como negar de antemano el ideal de justicia hacia el que se va orientando su compromiso a partir de una efímera militancia en el Partido Comunista, y de su paso por la Resistencia durante la Ocupación alemana. Al acusarle de sostener puntos de vista burgueses por ser él mismo un burgués, Jeanson y Sartre incurren en aquello que Camus estaba firmemente resuelto a evitar, transformando el pudor instintivo sobre sus orígenes en actitud filosófica y moral. Pero, además, lo hacen sobre la base de un manifiesto error en la persona, que es el que Camus se propone rebatir durante los últimos años de su vida.

«El tiempo perdido», se lee en *El primer hombre*, «sólo lo recuperan los ricos.» La necesidad de hacer expresa la distancia entre dos obras que, como *El primer hombre* y *A la busca del tiempo perdido*, responden a una estructura narrativa similar, asomándose a partir de un insignificante estímulo presente sobre la vastedad de un pasado a la espera de que se descifre su sentido, no responde al deseo de reivindicar ninguna originalidad literaria frente a Marcel Proust, y tampoco al de afirmar la existencia de una memoria de los pobres diferente, e, incluso, contradictoria, con la de quienes no conocen la miseria. La observación de Camus obedece a un fenómeno más complejo, al que alude como observación incidental en los ensayos de *El revés y el derecho*, y que desarrolla como núcleo de una penetrante reflexión filosófica en *El mito de Sísifo*. La imposibilidad de recuperar el

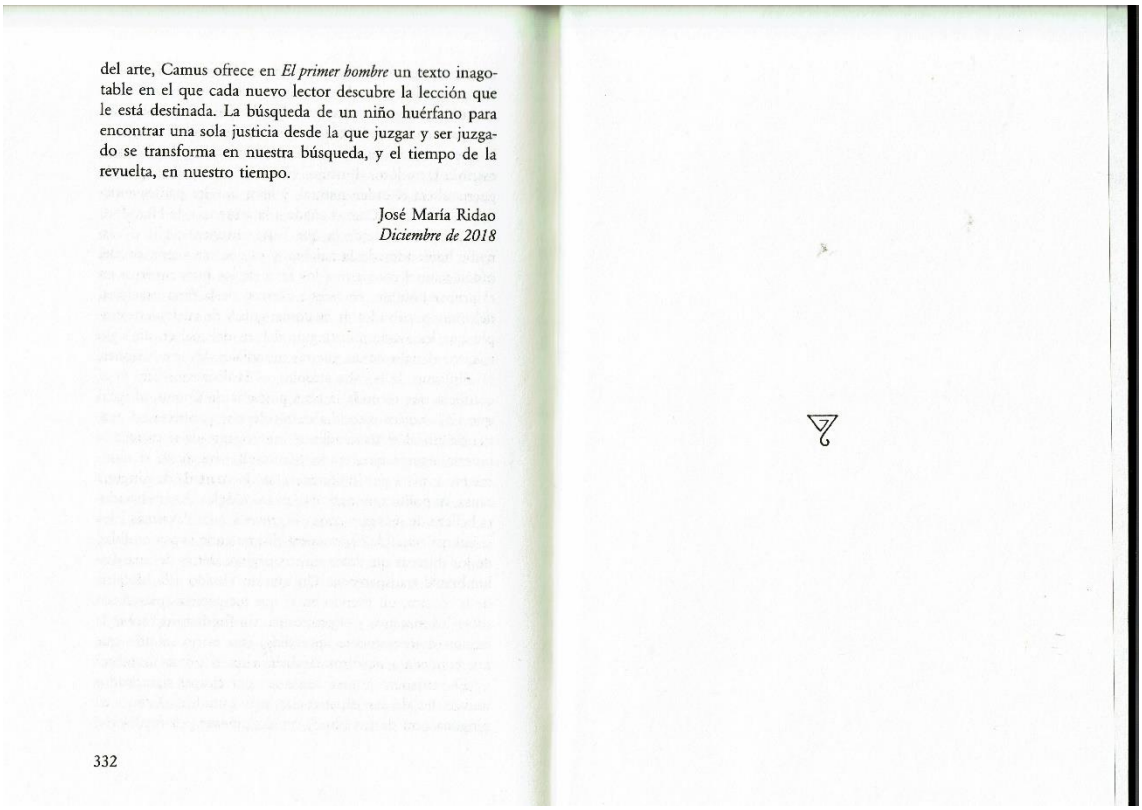
tiempo en el caso de familias como la suya es consecuencia de la miseria, que, al reducir la biografía a la perpetua repetición del ritual elemental de la subsistencia, impide que el tiempo se pierda. Pero lo impide, no porque sea un tiempo pleno a la manera del tiempo de los salones parisinos reflejados por Marcel Proust, sino porque desde que se nace hasta que se muere es siempre el mismo tiempo. De igual manera que, como reflexiona Camus en otro pasaje de *El primer hombre*, la manifestación más característica de la miseria es hacer que la vida se desenvuelva entre nombres comunes —un plato es *el* plato; un florero sobre la chimenea, *el* florero; una alacena en la sala, *la* alacena—, también el tiempo de la miseria se ajusta a la regla inflexible de los nombres comunes, y el tiempo de una mujer o un hombre pobres —la infancia, la adolescencia, el trabajo, el matrimonio, los hijos, el envejecimiento, la muerte— es siempre *el* tiempo, la monótona cadencia que «hace los días demasiado largos y la vida demasiado corta». Frente a ese tiempo en el que, como escribe en *El mito de Sísifo*, la ausencia de esperanza no equivale a la desesperación, los dones que ofrece Argel a la existencia entre los nombres comunes de la miseria, nombres que evocan el esplendor del cielo y el azul del mar, son más generosos, cree Camus, que los que concede cualquier otra geografía, y de ahí su apego a la vez filosófico y sentimental a una tierra a la que el terrorismo indiscriminado y las represalias colectivas le condenan a renunciar.

En *El primer hombre* Camus recupera el tiempo, pero lo recupera, no como reconstrucción proustiana de unos episodios diferenciados que el ritual de la subsistencia niega a quienes viven en la miseria, sino como la íntima epopeya de un huérfano, de un pupilo de la República, de un ser privado por la historia de la mano paternal de la que tomar

ningún testigo. La búsqueda de Jaques Cormery no es la del tiempo perdido, sino la de la norma de conducta y el saber moral que no pudo obtener del padre para él desconocido que yace en la tumba del cementerio de Saint-Brieuc, ante la que se recoge emocionado unos instantes. «En la paz», escribió Herodoto, «los hijos entierran a los padres, pero la guerra altera el orden natural, y hace que los padres entierren a los hijos.» Camus añade a la sentencia de Herodoto una perspectiva desde la que hasta entonces nadie o casi nadie había tomado la palabra, y es que esa alteración del orden natural convierte a los hijos de los hijos muertos en el primer hombre, en seres a merced de la furia irracional del mundo, privados de cualquier guía y de cualquier ejemplo que les ayude a distinguir el bien del mal en un siglo trágico, el siglo de las guerras mundiales, las revoluciones, el nihilismo, la bomba atómica, el Holocausto. Éste es el conflicto que esconde la obra póstuma de Camus, al igual que *El extranjero* escondía detrás de una peripecia en apariencia trivial el trascendental interrogante de si merece la muerte alguien que, como Meursault, vive ajeno al sentimiento y mata por indiferencia, sin la coartada de ninguna causa, ni política, ni pasional, ni psicológica. La arrebatadora belleza de un texto como *El primer hombre* lleva más lejos la interpelación de *El extranjero*, disimulando la profundidad de los dilemas que laten en sus páginas detrás de una deslumbrante transparencia. Un mundo librado a la idolatría de la técnica, un mundo en el que los profetas prevalecen sobre los maestros y el pronóstico sin fundamento sobre la lección dolorosamente aprendida, ¿no es un mundo que nos condena a nosotros también a ser el primer hombre?

El verdadero arte se reconoce por extraer significados universales de las experiencias más humildes. Como en ninguna otra de sus obras, y precisamente por mediación

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6



del arte, Camus ofrece en *El primer hombre* un texto inagotable en el que cada nuevo lector descubre la lección que le está destinada. La búsqueda de un niño huérfano para encontrar una sola justicia desde la que juzgar y ser juzgado se transforma en nuestra búsqueda, y el tiempo de la revuelta, en nuestro tiempo.

José María Ridao
Diciembre de 2018

332

***

El editor incluye, como final de ese material literario fragmentario de donde emerge este emocionante texto, dos cartas que se intercambiaron Albert Camus y su maestro, cuando niño en Argel, Louis Germain, en la que el escritor, recién recibido el premio Nobel – "pensé primero en mi madre y después en usted" –, se lo dedica y le agradece todo por "la mano afectuosa que tendió al niño pobre que era yo", pues "sin su enseñanza y su ejemplo, no hubiese sucedido nada de todo esto" (p. 319). El huérfano sin guía se convierte en el "alumno agradecido" de un maestro que le acogió cuando era un pequeño escolar. Otra bella historia de amor. El hondón literario de Camus puede ser, precisamente por su fragmentariedad en este caso, inagotable, dentro de su relativa brevedad. Y entre sus hallazgos expresivos y morales, uno final, tras la experiencia de una pelea de niños en la que deja a su contrincante con un ojo morado, y por la que recibirá un castigo: "Y supo así que la guerra no es buena, porque vencer a un hombre es tan amargo como ser vencido por él" (p. 148).

FIN

© CEDCS - www.archivodelafrontera.com – I.S.B.N. 978-84-690-5859-6